

DE ÁNGEL Y PERVERSO

Eduard Encina

Ediciones Santiago, Cuba, 2000

Destino del pez

A Jonas que los convoca

Estos son los peces de la tarde
las articulaciones de la madera elástica
acaso la piel cabizbaja que ronda
y se desvuelve a la misma línea.

Pinsan “el ave puede
describir el cielo”
pero el cielo es demasiado profundo
y la profundidad duele sin remedio.

Son los peces
dueños y mendigos
giros ciegos de la luz
que el óleo inevitable escruta
supura en su llaga
en su espacio
supura
porque los peces están en los muros que respiro
en los candelabros del tiempo
ahorcados
como fantasmas dispersos
en la tierra.

La Casa

Traspasar la puerta
es asumir los rumores del humo
copulando en las paredes.
Otros tienen un sillón y una abuela
un lunes sin cebollas
y unas bisagras larguísimas
pasa avisar a los muertos.
Por la ventana el sol deja caer
sus colgaduras sobre el rebuzno del gato
mientras el eco de los míos
se confunde azorado: mi padre detrás
de las gallinas mi hermana en su caballo
de cristal (ese tibio animal que bosteza
sobre mi madre
hacedora de luz y el orégano
del tizne y los cuchillos
del cernícalo estéril revoloteando
los remilgos del tiempo)
Allí
donde ni el sillón ni la abuela existen
se esconde un violín de azufre
con cien cuerdas apagadas.

El poeta ha visto partir a los gorriones

Mi pueblo es un parque de estatuas
por donde pasa la noche como un gato altísimo
que se filtra en los gorriones y pasan los locos en
sus alfombras y el silencio del mediodía pasa sin
detenerse.
Pero la gente de mi pueblo no entiende el aire de
los pinos ni el ruido de los niños y las brujas
que traen en sus carpetas ni el pudor de los perros
cuando miran dudosos como buenos cristianos
aunque no los graben en la historia
ni en las borrachera de los otros detrás
de esos pequeños infiernos que va dejando
el humo de los autos ni en las carretillas bulliciosa

del que urde conquistar el fuego esa
pequeña victoria que cada cual trae a cuestas
sin importarle que hay una batalla en la esquina
y otra en la luna y otra después del gallo
después que yo siga descubriendo
en la boca abierta de mis santos
un parque lleno de estatuas donde los niños
juegan con el eco de los muertos
y donde pude besar el susto de una muchacha
ante la sombra de los gorriones
que partían hacia la hueca soledad de unos pinos.

EL PERDÓN DEL AGUA

Eduard Encina

Ediciones Santiago, Cuba, 2001

CONVERSACIÓN SOS -TENIDA CON LA CUERDA

Que burda se hace la vida
cuando te acercas bajo el chasquido de las pancartas

- “las moscas eduard tú sabes las moscas sobre la mesa”

y no quieres compartir el asfalto ni las manzanas
solo te encierras solo con tu nostalgia
porque nadie puede conservar su perfil
porque nadie soporta las tendederas cuando no hay
en quién confiar

- “te lo dije se va a caer este muro”

y a mí qué me importa el muro ni los que se agolpan
el muro es una visión cada cual tiene su muro

Ya no respiras pasó la turba con su estación
Un nardo ilumina o pierde. Un nardo
y febrero se empoza en los canales de la sangre
tú no lo entiendes porque estás en la ventana
mirando cómo se fragmenta el incienso cómo te asalta
porque la salvación es una sola. Viene. Se posa en tu cuello
entonces subes la cuerda o aprietas bien ese nudo

AGUAS PROFUNDAS SON LAS PALABRAS

(Proverbios 18, 4)

Dónde sino en este pedazo de aire me defino?

Nada como avanzar. Contaminar los sentidos

la palabra contra el verde

la palabra contra el límite

Su rastro de impotencia en la carne

Conta - minar

Sólo del fuego somos deudores

va dejando el fuego su oración

su rastro de impotencia en la carne

No hay asombro porque no hay espacio

Todo se reduce al placer y al miedo

a golpear la madera enemiga

que es nuestra propia madera

Avanzar. Todo se vuelve precario. Conspira

Alguna profundidad/quizás devoción

Acaso no encuentro la forma de vencer el equilibrio?

DERRUMBES PARCIALES

Para Arnoldo Fernández

Qué son esos muros que caen

El repartidor de periódicos sale en la bóveda celeste
aprende a sonreír para darnos la noticia
"éramos bestiales ahora sólo bestias"

Qué ruidos se filtran en esta sopa de mármoles decapitados
Algo anda mal porque la torcaza no se apaga
todo se confunde en esta mesa que parece fingir
que somos los mismos pero este silencio...

Algo anda mal y no es la forma de abrir el pecho
para entrar en las navajas de los acreedores
es otro el hedor y el otro escarnio del que nos sabe
despistados
como si en verdad el dolor fuera *una condición de los
nacimientos*

Dónde salvar esta ventana este coral que nos trasciende

éramos bestiales pero de qué otra forma pudimos haber sido
de qué otra forma cuando se apague la gloria
y seamos nosotros mismos un muro a punto de caer

GOLPES BAJOS

Eduard Encina

Editorial Abril, Cuba, 2005

Golpes Bajos

Entra en la escritura el enemigo
Bajo el acento su miel ambigua
nos asusta

Crece en el silencio la navaja
el café árido de la Isabelica
envenena los sentidos

Santiago en los labios del pez
ahogándose en el poema
Poema-peiz Poema-enemigo

Esa frondosidad que nos oprime

Respirar hondo

El capitolio estaba ahí
en su calambre
un Meta respira mi color
huelo lejos / a punta de país
Ya me voy hay un miedo en los escalones
y el Capitolio sigue altísimo
gente como si nada
como si yo no
Callar es quebrar / me finjo
añoro el maíz pero no regreso
el carné por si permanece
me respiran hondo / en círculos
Ya me voy
ilegal y sonoro. Hijo del verde
humo que lo niega / Respiradero
El carné para ser
El Carné para estar en el calambre
en la sobrevida.

Mientras escucho a William Vivanco y atravieso la ciudad

Algo pasa

Todo ese amarillo manchando la Alameda
y los bancos con un poco de rencor
arrancándose el aire con un poco

Algo pasa

ya no salen las negritas
no amenazan con rayar la tarde
en el silencio los perfiles se escurren
y el asere Marcial pronuncia
renuncia a las palabras
cuando el alcohol indefine la escritura
rompecuerpos Dylan Thomas
un poco de silencio pasa
y se dejan ver los perrillos del hambre
lamiéndonos las cuerdas
como una larga canción

LECTURAS DE PATMOS

Eduard Encina

Editorial Oriente, Cuba, 2011

Los sellos

Miré y vi un caballo blanco el agua del
Contramaestre el rastro de la yagruma curando
la tarde. Preferí no abrir los sellos la rabia del otro
podría partir el arco y dejarme a la intemperie
Miré y vi un caballo rojo que se levantaba sobre
la hierba un caballo de sangre y sol/ penco de
la muerte bajo una espada demasiado grande
Miré y vi un caballo negro una balanza infiel para
negar las posibles libaciones. No estaban ya
las sílfides ni los lanceros para borrar la levita
que sostenía el aceite el vino
Miré y vi un caballo amarillo un caballo sin orejas
saliéndose del lienzo una estrella que se hunde
en la noche como un labio de mujer
Después no quise ver más y varios caballos vinieron
a mí en un carro de fuego. Una voz me dijo “ven”.
No pude sostenerme en pie

Otro segundo discurso

Para Frank Castell y Ray Faxas

Mi padre trae en la mano un poco de sangre
coagulada y me jura por su madrecita que morir
por la casa es vivir. Me asomo al temor de sus ojos
a la mesa límpida al brillo del capitán en la pared
que aguza el dedo por si la patria. Ay de mí que
solo tengo unas palabras un tramo de sangre que
me oscurece hasta el equilibrio mejor podría decir
hacia el poema.
Ay de mí que tiemblo cuando mi padre se monta
en la isla y trata de no caerse hacia su propia
sangre. Es difícil entender ese silencio.
Mi padre y yo por los rincones sin encontrar
la casa.

Fuera de foco

no se ven

te juro que no se ven las palmas, los naranjales
que estaban allá en el fondo

eran pedazos de la lluvia iluminando el parque
el aire que había en los álamos, en la lengua
del zorzal

en esta parte la sombra crece y los amigos ya no
retornan para refugiarse en sus casitas de dolor
quedamos fuera

mi hermana no encontró la palabra que mamá
nos prometía

cayó en las manos aturdidas de los hombres

mi padre se jubiló del trabajo y los discursos

tiene ahora un caballo que tampoco se ve

pero es mejor un caballo que estar solos

nada al lado mío

apenas un sol muerto, la palabra contaminándome

nada

te juro que no hay nada de este lado del paisaje.

LUPUS

Eduard Encina

Editorial Oriente, Cuba, 2016

Lupus

Dicen que el enfermo soy yo.

Lo pronuncio y un perro mea.

La enfermedad es un bien. Extiende sus manchas en mi rostro para que sea diferente, ¿para que me vea diferente? Manchas en el rostro de un hombre que odia las manchas.

En eso consiste: un perro mea y yo odio.

Después viene G

a decirme un salmo que debo conservar antes que el agua extienda

un círculo entre nosotros, de sangre y alcohol,

un círculo a chorros

violetas

violetas

violetas

un gran hematoma sobre nosotros.

La calma crece

borra las huellas de lo que perdimos, porque la cosa es hereditaria.

La enfermedad es un bien. La cabeza en su lugar, aunque escasea

el cabello y por los rincones los niños doblen pájaros de papel.

G es mi mujer, mi enfermedad.

La sombra del día pesa menos. Tengo hambre (dice), no te pongas

a escribir. El hambre se cura, pero las palabras no. Si ella tiene hambre, tiene poesía o al menos una necesidad que no la traicione.

En eso consiste: miras el país y tienes hambre / miras y puja la sospecha

de que la cosa es hereditaria.

Todo está en articular

el estrés,

en desarticularlo.

Cerrar los ojos (no pasa nada),
aunque pase no pasa
articular
desarticular.

Hay problemas con el sol
no jodas
lupus eritematoso sistémico
hay problemas
articular
desarticular.

No pasa nada.

Sueño con la nieve,
es una enfermedad, los copos allá fuera comiéndose el día, pero
estas úlceras no dejan que el sueño avance. Mi cuerpo es una
llaga que pasea por el mundo, hay diferencias entre mi cuerpo y
yo, pero nos entendemos.

Es así:
articular
desarticular
un flujo en la medida
un flujo
una alteración del no sé qué.
Me dijo que no lo escribiera
morirse es algo personal (lo dijo)
algo que no se comparte.

Quieren separarnos
extirpar las palabras que sembramos a la sombra del minuto malo.
Ser enfermedad o ser enfermo. Lo que invierte el sentido no es la
posición,
sino el peligro de estar frágiles, acostumbrarse al vacío por donde
pasan
los cadáveres
de uno en fondo
sin levantar los ojos
los cadáveres
de uno en fondo
como úlcera en la lengua, ¿en el corazón?, como úlcera
sembrada
en el silencio de todos.

Saulo de Tarso
Pablo el Apóstol
invertir el significado y no el cuerpo que oscurece cada vez que
el cuerpo recuerda. Hoy somos enfermos, ayer hijos que no se
creyeron parte alterada ni linaje ni ralea, hijos pegados al susto
de la sangre, deprimidos, falsos hijos, esteroides cuando el
mutismo se repliega,
mutismo-absceso / mutismo-manchas.
La enfermedad es un bien.

Una biopsia,
un pedazo de carne, un pellizco rápido, sin lástima.
Hay quien se adapta a la sangre del otro: el perro, el
eviscerador, el corte fiel.
Estética del corte
simulación
¿Cura?
simulación
estética del corte.
G y yo contra lo racional dispuestos a no escuchar la queja
miedo
miedo
miedo
una gran impotencia sobre nosotros.

Si respiro los dolores reaparecen
un dolor + otro dolor.
Aguantamos. Hay quien le llama resistencia, hay quien le llama
sacrificio,
pero es sordera, mareo, desencanto.
Me asomo a la ventana y el paisaje no se mueve,
aparenta nubes de concreto sobre campos de concreto. Ella lo advierte:
«mejor cerramos: la ventana asusta y afuera el sueño se detiene».
Dobla el papel. Piensa en la cloaca que hay dentro de mí. Eso la aleja
de la escritura, pero no del golpe que nos une.
Dentro repartimos calvaril/ la enfermedad ayuda/ el temor ayuda
G lo advierte:
«mejor cerramos: la ventana asusta y afuera el sueño se detiene»
trac

y el sueño, / se detiene.

La placenta

La enfermedad (como la belleza)
es un bien,
nadie la conoce, nadie la ve, nadie la merece,
tan grande que no la percibimos,
es de todos
un pedazo de cosmos que vive en mí
y no hay cómo huirle al paso de los trenes en plena madrugada,
si junto a los cimientos una sustancia

v o l á t i l

se mueve.

es una imagen que insiste:
los jugos marginales intentando explicar esencias que no poseo.
Tengo dos calmas
dos sentidos
dos tumores
un pan que llega tarde.

La enfermedad es un invento mío
cuando pienso en el ascensor donde
abrió los ojos con el mundo en fuga,
pero yo no era el poeta
sino parte del dolor,
la circunstancia saliendo por la boca, la nariz,
el miedo

v o l á t i l

de mi madre.

Yo creía en Dios,
yo creía en las palabras,
era un feto, una piltrafa renuente al gancho ciego que la
desgarró.

«Suerte y verdad».

Le dijeron que no tenía nada adentro,
entonces supe que fui nada desde el principio,
un recuerdo de mí, «una imagen difusa»,
tal vez un error.

Zonas de fe

He aprendido a vivir sin fe, a mirar con temor la parte más dulce. Tengo unas ganas de tungsteno que mis amigos no entienden, una mano angular por donde la gracia fluye junto al ojo en equilibrio.

Ayer mis hijos dibujaron la noche, el corral de los puercos endemoniados para engordar la calma, pedazos de cielo hozando el rumbo hasta que la acuarela se reviente.

Sé los caminos que me seducen a cortar la cerca, el tajo en la costumbre de creernos principio de las cosas si la tierra se revuelve y hace falta linaje o puntal. Sé los temores que circulan la gloria, sé la dulzura, el mordisquear bajo en la naranja sin arriesgar aureola.

Es real lo que se pierde, pero ese gesto no cura la belleza, ni traza un horizonte donde seguro se amontonan las clarias o las perdices asomen el ojo estrellado que nos desconoce.

Uno amanece todavía sin la rabia, sin las ganas con que pronuncio la noche, su rostro deforme en las manos de mis hijos que espesan sus alas y no saben lo que hacen.

Ya no reconforta el mar que aprendimos en el caracol. Hay otra arena quemándonos el impulso, una arena interior, plomiza, que hace de laberinto mientras sube la sangre y los amigos retornan enemigos al otro lado del caracol por causa de las palabras, que son al fin, el otro lado.

ESTRUCTURAS DEL SILENCIO

Eduard Encina

Ediciones La Luz, Cuba, 2017

Mateo 24,25

Es lunes vuelto ceniza
y apesta el silencio hostil.
Sobre la mesa de mil
novecientos una driza
convulsiona ¿finaliza
la extorsión o viene Cristo
en esta voz que resisto
a devolvernos la duda,
donde la muerte se escuda,
dice: pienso luego existo?

La idea se pierde en la idea,
el Superhombre está viejo,
murieron Trotsky, Vallejo,
Che Guevara, Dulcinea,
Nostradamus, Nao, La Tea,
Nevermore, nos canta el cuervo
en la ventana, protervo.
La historia se descalabra.
Solo queda la palabra
en el silencio del Verbo.

Se pierde todo. La casa,
hermano, se pierde el sueño.
Nada es ajeno, no hay dueño,
la sombra del miedo pasa
tan sutil y nos desplaza
hacia un silencio gendarme.
La historia va a devorarme
sino levanto esa roca.
Encierro el miedo en la boca
y escribo para salvarme.

1994

Ten cuidado de ti mismo

1Timoteo 4:16

con Ernesto Andrés (lezama.)

El Gran Hermano era cierto,
estaba en mí, vigilante:
Safo, Plinio, Orwel, Dante,
sufrieron del mismo injerto.

El Gran Hermano se ha muerto.
¿qué haremos sin un hermano
con el ojo alerta, insano
que nos arroje al desfile?

Si no hay ya quien te vigile
¿serás tu propio tirano?

Carta inconclusa

Tengo dos hijos y un mazo
de preguntas que no sé
responderles. Trataré
de escaparme de ese lazo
para salvarlos ¿Acaso
seré el culpable de los
misterios que deja Dios?
¿Acaso seré el culpable
de ese error imperdonable?
Son dos inocentes, dos.

En Delfos está el oráculo,
el Minotauro allá en Creta,
pero en la Cuba secreta
nadie entra al tabernáculo.
La palabra es un tentáculo,
una extensión de la mente.
Hijos míos, lentamente
en la ignorancia presencio
las migajas del silencio
con que engaña la serpiente.

Sueño encontrar la respuesta
de lo imposible. Me empeño.
Toco a la puerta del sueño
pero nadie me contesta.
Hijos míos, solo resta
que no se cansen, insistan,
pregunten hasta que existan
respuestas y mientras tanto
no cedan al desencanto.
Resistan, hijos, resistan.

MANIGUA

Eduard Encina

Ediciones Acoras, Cuba, 2018

Manigua

*menos yo, todos se han ido
menos yo, todos menos yo
eligieron un camino para regresar
una voluntad para irse; yo he quedado
dueño y señor de lo que todos dejaron.*
(Alberto Rodríguez Tosca)

En agosto del noventa y cuatro
el mar estaba revuelto,
pero yo no.

La manigua amplificaba
el desplome del malecón,
áspero contra cabezas negadoras,
áspero contra el lunes, la hogaza, el desatino.
El mar era un punto ciego.
Internados en la zarza
no había una mujer árbol
a quien robarle los ojos,
ni un hacha con qué abrir tajos
hacia la orilla.

En agosto del noventa y cuatro
el mar no era una solución.

Fijos en el horizonte,
extraviamos la edad de volver hacia adentro
y escuchar la espesura
que lo cubría todo.

Los perros no se veían,
la calma no se veía,
“tal vez los dioses escuchen”,
tal vez los dioses devuelvan al Ruso,
a Víctor Adriel que me dejó su miedo
velando la sombra que construimos.
Construir/destruir,
destruir/construir.

Duermen muchos cuchillos en el recuerdo,
a veces se despiertan
y Ángel Escobar en el aire hace piruetas
detrás de unas voces,
Dylan Thomas y yo tumbamos bejucos
con la botella de *azuquín* casi hasta el fondo;
otros malditos ponen su poco de carroña
para completar al tipo/
oscurecido/ frente al espejo.

“*Tal vez los dioses escuchen*”, decía mi madre
con un enfisema, con un país fracturado
en los pulmones.
Agosto/angosto
angosto/agosto
fracturado en los pulmones.

El paisaje se nubló
y extraviamos la palabra
que era el único camino,
nadie dijo: “pinga, por aquí no pasarán”,
en silencio pisotearon el silencio
de cabezas negadoras,
mientras kurdos y chechenos no tenían mar
ni agosto ni zarza donde esconderse
del fuego/fuego/ fuego/ fuego.

Sentir la manigua nos hacía respirar,
internarse despacio
en la parte más amada.
Nadie lo entiende,
quizás entonces tampoco yo lo entendí.
La manigua era un mar hacia dentro,
confuso / frágil,
pero nos hacía respirar/ fuego.

De este lado
las olas se volvieron eco,
carne a la deriva,
pero nosotros preferimos la tierra
sin saber que iba a tragarnos el sueño.
Tierra hay en todas partes,
país no.

Anatomía patológica

Un país en silencio
se muere.
No hay dolor,
sino cuerpo dividido
en pequeñas porciones
de indiferencia.
La gente no se detiene
ante el cadáver cotidiano.
No hay dolor,
solo un país abierto
sobre la mesa,
acostumbrado al bisturí,
a ser el que se pierde
cada día.

El leñador

*Es que el hacha cortante/
solo se aparta de nuestras cabezas /
con el golpe de otra hacha.*

J. Martí

Para no convertirme en ti/ me alejo.
Ser animal o poeta no marca diferencias,
pasto y escribo/ escribo y pasto,
odio la hierba,
la enveneno
y el bosque se multiplica.
Lo que necesito es distancia,
Tú en ceba/ Yo en mi dolor
sin aceptar la sombra,
sin cabecear un minuto,
alejado,
para entender el bosque,
tomar el hacha
y destruirlo.